

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El Papa y España

LA NUEVA BULA

Nuestros lectores se habrán enterado ya por la prensa periódica de que nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV ha prorrogado la cruzada española, ampliando los antiguos privilegios y añadiendo otros nuevos, tales y tan extraordinarios que muestran bien a las claras el intenso amor del Pontífice a nuestra España y particularmente a los pobres.

Cinco son, como antes, los sumarios en que está distribuida la bula, a saber: el sumario general de la cruzada, el de abstinencia y ayuno, el de difuntos, el de composición y el de oratorios privados. Nos limitaremos a hacer algunas indicaciones sobre el de abstinencia y ayuno por entender que es lo que más interesará a nuestros lectores.

Las gracias que en este sumario de abstinencia y ayuno se conceden son: 1.º El uso de condimentos de grasa de todas clases y el de huevos y lacticios sin limitación de días, ni de comidas, ni de personas; 2.º La abstinencia de carne queda reducida a trece días en todo el año, que son los siete viernes de cuaresma, los tres viernes de Temporas, y las tres vigiliass de Pentecostés, Asunción de la Virgen y Natividad del Señor; 3.º La ley de promiscuidad queda del todo abrogada, de modo que siempre que se pueda comer carne también se puede promiscuar; 4.º Los ayunos sólo deben guardarse tres días cada semana de cuaresma, que son: miércoles, viernes y sábado, y en las tres vigiliass de Pentecostés, Asunción de la Santísima Virgen y Natividad del Señor; 5.º El ayuno y vigilia o abstinencia de carne, de la víspera de Navidad se anticipa, o traslada, según esta nueva bula, al sábado de Temporas de Diciembre; 6.º En la parvedad y colecta de los días de ayuno con tal que no se exceda de la cantidad en tales refecciones permitida, se pueden tomar huevos y lacticios y usar como condimento grasa de todas clases; 7.º Los pobres que, por serlo, no pueden tomar este sumario o indulto de abstinencia y ayuno, tampoco están obligados a tomar el sumario de cruzada y pueden usar de estas gracias y privilegios de la bula de carne.

N. B.—a) Salva la excepción hecha a favor de los pobres, para usar del indulto de abstinencia y ayuno, además de la bula de carne, es indispensable tomar también la de cruzada, y los que no quieran tomar estas bulas de cruzada y carne quedan sujetos a la ley general de la Iglesia y tienen que guardar las abstinencias y ayunos que por esta ley general tienen que guardar todos los cristianos; b) Para usar licita y válidamente de los indultos basta adquirir los sumarios. No es necesario inscribir en ellos el nombre y el apelli-

do. Tampoco es necesario llevarlos consigo o conservarlos.

Hartura con hambre

—¿Que sea usted tan tacaño, mi querido don Eloy!
—Yo, tacaño?... No lo soy; está usted en un engaño.
—Pues me consta que en su casa (y le pido mil perdones), a pesar de sus millones, hambre terrible se pasa.
—¿Hambre en mi casa? ¿Qué afán, qué prurito de mentir! ¿cuando yo puedo decir que todos hartos están! Harta de mí mi mujer; harta yo, y bien harta, de ella; y de los dos la doncella se ha hartado a más no poder. Hartos los niños están; la suegra, de harta se pasa. ¿Y dice usted que a mi casa lo que le falta es el pan?

A.

Estudios Sociales

LA TABERNA Y EL COLEGIO

CUANDO HABÉIS VISITADO UNA ESCUELA,

una de esas gratuitas para hijos de obreros, a las que acuden los pequeños como enjambres que llaman las clases hasta no haber en los bancos, de tal modo que el visitante se queda pensativo discurriendo por qué prodigio de estabilidad se mantiene en equilibrio el muchacho que se sienta en el extremo, no es ocurrido mirar el continente de los alumnos y comparar unos con otros. Venid, si no, conmigo, que os serviré de guía y os enseñaré, como dicen.

Entramos en un colegio de niños. Estos siempre son un tanto más des-cuidados que las niñas, hechos como están a correr por la calle, tirarse por el suelo y no cuidarse mucho de la integridad de las prendas de vestir. Por eso, al entrar sentimos un vaho y como tufillo especial, olor acre como de fermento y de aire pesado y respirado muchas veces mezclado con partículas mil de polvo. No es por falta de ventilación en el local, sino emanación de aquellos corpúsculos que traen todo aquello de la calle, y algo más que no podéis ver vosotros, visitantes de un momento, y que han de padecer los maestros, a quienes debéis mirar con respeto como a héroes que han de respirar tres o cuatro horas diarias aquel aire y recoger a veces lo que otros des-parraman.

Pero vamos a lo que importa. Mirad la cara de esos angelitos con las alas os-cuñadas.

LOS HIJOS DE PADRES QUE

NO VAN A LA TABERNA.

¿Qué simpática la de aquel colorado de abultadas mejillas y ojos chi-peantes, llenos de vida, aunque, respe-

tuosos ahora, pugnan por estar quietos a la sombra de las largas pestañas! Miradle más despacio; ved su torso; el pecho desarrollado y saliente, sobre el que cuéstate trabajo cruzar los brazos, postura inventada para los raquíticos y estrechos de pecho; sentado en el banco, advínase que es más alto que los otros, aunque no tiene más años; respira todo su continente el gozo de a felicidad, que le rebosa por el alma y por el cuerpo.

Pusisteis en él los ojos porque no hay otro como él en la clase y porque está el primero; preguntáis al maestro y os responde:

—Es un muchacho encantador e inocente, hijo de un honrado trabajador y de una cuidadosa obrera; tiene más hermanos, y todos son por el estilo; todos van muy cuidados y limpios; todos están sanos y fuertes; todos son listos y aplicados; todos son el encanto de sus profesores; todos quieren a cegar a su padre, que el domingo los trae a Misa con los trajecillos de fiesta; a su madre, que, cuando no tiene mucho trabajo en casa, viene a esperarlos a la salida. Es de ver cómo la abrazan y besuquean mimosos, que son el encanto de todas las otras madres, que la bendicen mientras se limpian una lágrima de pena o de envidia. No es que tenga el marido un jornal abundante; pero no le falta nunca, porque no pierde día de la semana y acude a la hora y trabaja bien, y le quieren los encargados; pero no se le conoce ningún vicio, y el jornal de la semana llega entero al sábado a casa y a su hora; no sale con amigos, sino con sus hijos y su mujer. Sí, la mujer trabaja, pero en casa, de costura; pero no gana gran cosa, porque figúrese lo que destrozarán sus pimpollos, que saben jugar y correr, y no pueden menos de romper, y mucho, que son cuatro.

—Pero—dice impaciente al profesor—yo quiero que me explique usted el milagro; que me dé una razón por qué son estos niños así; una razón sola y concreta, causa de todos estos efectos admirables.

Y entonces el bueno del maestro, sacando su boca a vuestro oído, como con miedo de sonrojar a los demás pequeños, os dice por lo bajo:

—Porque su padre no bebe.—Y luego más alto:—Esa es la única razón por la que en esa casa no escasea el pan, ni la salud, ni la fe, ni la alegría de la buena conciencia, ni el cariño de familia. Por eso éstos son así y no como los otros, que están hechos una lástima: infielos usted.

LOS HIJOS DE LOS QUE PASAN

LA NOCHE EN LA TABERNA.

¡Y los miráis!... Y los veis raquíticos

y encanijados, con los ojos amortiguados o rebosando malicia, con las mejillas chupadas, el pelo lacio y sucio, el color cetrino y mugriento, de cara sin lavar; el pecho hundido, como que se esconde debajo de los hombros; bien cruzan sobre él, y aun cábenles dentro, los largos y flacuchos bracitos; sobrales tela de la blusa, harto mugrienta; sin duda no está limpia del domingo. ¿No habéis visto esas pupas en la cara; esas calvas en el pelo; esos ojos sin pestañas; esos párpados hinchados y rojos que superan, esas cicatrices en el cuello?

Miradles más; miradles la cabeza deformada, deprimida en unos, como aplastada la frente, que recuerda la de los monos; saliente en otros, como vientre de hidrópico; la de algunos como nuez que se secó en el árbol antes de madurar, la de otros abultada, como hinchazón enfermiza. Preguntad al maestro y os dirá que todas esas cabezas son piedras duras para las letras y la virtud y blandas como cera para aprender los vicios y las picardías.

Aún os contaría más el profesor. Os diría que aquel chiquillo faltó el lunes porque tuvo que cuidar a su madre que estuvo enferma del disgusto y los golpes que le dió su padre el domingo y que era para avergonzar el irrespetuoso gracejo con que dió a entender claramente, y como la cosa más natural del mundo, que su padre había ido bebido... Aquel otro, que hizo los novillos una semana entera, y cuando el maestro pasó aviso a su casa, trájole a la tarde su padre, arrastrándole de un brazo, molido a golpes descomunales, que le acarrearón una enfermedad y que al decir al maestro que le daba permiso para matarle (así es la frase consagrada para esos casos y esos hombres), notó éste que apataba a vino y se le trababa la lengua; mientras el chiquillo daba después la disculpa que, como su padre no había ido desde el lunes a trabajar... porque se puso malo de lo del domingo, tampoco él había querido ir a la escuela. Al de allá habían tenido que darle de comer en el colegio porque estaba raquítico de hambre y daba pena; porque su padre no entregaba el jornal ningún sábado, sino que se lo gastaba en vino...

¿A qué seguir la interminable relación de desdichas que padecen los hijos de los que pasan al día y la noche en la taberna? Perdieron la razón, trastornada continuamente la cabeza por el vino, los que debieron atender a la educación y cuidado de sus hijos, y ¡pagan los hijos lastimosamente el pecado de sus viciosos padres!

D. GARCÍA HUGHES.